

## ACLARACIONES.

La sociedad cristiana no perecerá de seguro por un amor excesivo al estudio de las Letras sagradas, sino más bien por el exceso contrario, que nos expone a los justos castigos de Dios. Por esta razón hemos aplaudido la elocuente pastoral del Sr. Obispo de Orleans, puesto que se dirige a arrancar de las manos de los fieles un sin número de colecciones de oráculos apócrifos, ó mal interpretados, cuyas páginas se destruyen la una á la otra: de hecho, es un paso muy á propósito para estimular á los fieles, á que se dediquen al estudio de otras profecías, que han recibido la sanción de la Iglesia, y que se cumplirán puntualmente.

Entre estas profecías las hay, que tratan de la venida del hijo de perdition, del hombre del pecado, ó, en otros términos, del último Anticristo, y que merecen ser estudiadas profundamente. Monsieur Dupanloup habla incidentalmente de esta cuestión, y sus palabras pudieran dar ocasión á falsas interpretaciones. Revestido de la doble autoridad de obispo, y de escritor ilustre, ha afrontado el riesgo de ser leído y comentado por un mundo, al cual él no se dirige, el mundo de los incrédulos; y éstos, de seguro, no dejarán de torturar el sentido de sus palabras, de violentarlas, para deducir de ellas, sino la condenación, al menos una reprobación implícita de la

conducta de cuantos se ocupan de esa cuestión.

Consideramos, pues, oportuno interceptar el camino á esos incrédulos, y declararles, que ni la Iglesia, ni el obispo de Orleans han prohibido estudiar, dilucidar, ilustrar, con el auxilio de los libros inspirados, todo cuanto se refiere á la época en que debe aparecer el Anticristo, para establecer, sobre una generacion ingrata y sublevada contra Cristo, su tiranía formidable. La Iglesia ha concedido el título de venerable á Holzauser, quien consagró su vida entera á la interpretación del Apocalypsi; aún más, ha elevado al honor de los altares á Vicente Ferrer, cuya existencia entera se resume en una misión providencial, para anunciarnos la proximidad del último Anticristo, y el fin del mundo. Una opinión respetable quiere, que este gran santo sea representado por el águila, que en el Apocalypsi se eleva del cielo, gritando ¡ay! y anunciando la proximidad de las épocas de destrucción.

Si algun espíritu malévolo, ha creído poder convertir la historia del Anticristo en reclamo de algun periódico, que le diese el atractivo de la excentricidad, ese tal, ha bien merecido la advertencia caritativa y severa de que nos habla el ilustre prelado, porque jamás hubo ni habrá una cuestión más seria y ménos excéntrica que la de que

se trata: los Profetas, los Apóstoles, los Padres, los Doctores, la tradición de la Iglesia no la tratan sino con un santo terror.

¿Nos hallamos cerca de los tiempos en que ha de dominar el hijo de perdition? Se responde: no lo sé; lo cual es muy cómodo: sin embargo, por poco que se hojeen los libros sagrados se guardará bien cualquiera de responder con tal seguridad ó indiferencia, no en lo que mira á la fecha y el día de la aparición de ese hombre temible, sino en lo que respecta á la época que debe preceder á su venida; época que el Rey de los profetas, el mismo Jesucristo, nos ha descrito como muy peligrosísima para la fe, exhortándonos á precavernos, y prometiéndonos abreviar estos días funestos por un acto de misericordia en favor de los escogidos.

Isaías nos ha descrito los señales, que son: la apostasia, la demonolatría, la anarquía. Este profeta predijo el comunismo, diciendo: «cómo el pueblo, así será tratado el sacerdote; cómo el esclavo, así su señor; cómo la sierva, así su señora; cómo el que compra, así el que vende; cómo el acreedor, así el deudor. La tierra pertenecerá á quien se apodere de ella. La vendimia está llorando, la vid perdió su vigor: llorando están á lágrima viva los que se alegraban de corazón» (CXXIV).

Jeremías nos pinta la ruina de la ciudad anticristiana y del Anticristo; Ezequiel, la última época del mundo, y el ejército innumerable de Gog y Magog; Daniel nos representa con algunas alegorías las últimas luchas: Joel nos habla de las conquistas del Anticristo y de la libertad del pueblo escogido; Amós, del hambre, de la peste, de la guerra y del escaso número de ministros de la religion; que deben señalar la era anticristiana. Finalmente, para abreviar, Abdías, Sofonías, Zacarías tuvieron visiones relativas al último Anticristo, hasta Malaquías, que ha profetizado el fin del pueblo anticristiano y la venida de Elias.

Todo este tesoro de la ciencia, que Dios ha comunicado á los hombres ghabría de ser enteramente estéril, ó no serviría más que para proporcionar excentricidades á un desdichado, que desea dar importancia á su periódico? Jesucristo ha anunciado, que hácia fines del mundo sobrevendrá una apostasia universal, es decir, explotará una rebelion general contra las autoridades religiosas

y civil; todo lo cual está indicado en dos palabras del Evangelio: *surget gens contra gentem*; más no todas las palabras del Redentor están consignadas en el Evangelio: las que dirigió particularmente á los Apóstoles, éstos nos las han transmitido. San Pablo (Tim. IV) san Pedro (II Ep. III), y san Judas (Ep. Cat. 17) atestiguan esta enseñanza explícita de Cristo: «El Espíritu de Dios dice manifestamente, que hácia el fin del mundo, etc.» así es como se expresa san Pablo. San Juan Crisóstomo, comentando este pasaje, observa, que el Apóstol se refiere evidentemente á una verdad conocida de todos los fieles de su tiempo (Hom. XII, sobre la Ep. II á Tim.) Cuantos escritos de los Apóstoles han llegado hasta nosotros, nos manifiestan hasta la evidencia, la importancia que atribuían á la cuestión de Anticristo, y el interés que tomaban en precaver á los fieles contra los peligros de la seducción, que debían preceder y acompañar su dominación sobre la tierra.

Esta cuestión del fin del mundo y de los fenómenos, que deben acompañarle, es la más constante preocupación del género humano. Enoch, «que ha sido el séptimo desde Adán» ha profetizado acerca del mismo asunto, segun el testimonio de san Judas (Ep. Cat. V y siguientes). Los dos pueblos escogidos de la antigua, y de la nueva ley, se han ocupado con frecuencia de él, porque el mundo fué creado para Cristo, y será destruido á causa del Anticristo. Los primeros discípulos, que sabían que todas las profecías de Israel se cumplirán, interrogaron sobre lo mismo el Redentor; y los Apóstoles, en todas sus Epístolas, nos recomiendan la mayor vigilancia. La Iglesia, en fin, en todos sus actos, lo tiene presente.

Teófilo, el primero de los Padres por orden cronológico, es explícito y franco en su lenguaje, y dice: «Todas las profecías relativas á los antiguos tiempos y al primer advenimiento de Cristo, se han realizado; del mismo modo se realizarán las que se refieren á la fin del mundo, y á su segundo advenimiento» (Ep. á Antiocho). El mártir Justino es del mismo parecer. «Dios, dice, que ha venido al mundo como Redentor; vendrá otra vez como juez; empero su segunda venida será precedida de una persecucion horrible de seducción é hipocresía, que ha sido predicha por el mismo N. S. Jesucristo (Dial. con el judío Trifon, II,



parag. 82.) Cirilo de Alejandría ve en Raquel una figura de la Iglesia: Raquel muere al dar á luz á Benjamín; así la Iglesia, en la última persecucion que le ha predicho su divino Esposo, dará á luz á ese hijo de perdicion, destinado á ponerla casi á la muerte. (Gen. I. IX.)

Ireneo entra en pormenores que deberían llamar nuestra atencion. «De la misma manera, escribe, que el demonio comenzó por engañar á nuestros primeros padres, proseguirá hasta el fin.» (Cont. Har. I. v. c. 24.) En otro lugar añade: la nueva mentira del demonio es la de presentarse como el señor de los reinos, como el origen de toda autoridad; la autoridad, según él, no viene de Dios: teoría que repito á los hombres para sustraerlos de la obediencia de las potestades legítimas, consumando de esta suerte la apostasia. Más no alcanzará por completo la realizacion de sus fines hasta los tiempos del Anticristo. (C. XXV.)

San Gregorio de Nicea meditaba continuamente sobre el fin del mundo. (De la creacion del hombre, c. XXIII.) San Atanasio (De la vida solitaria), y San Hilario (Orat. contra los Arrianos, y en el Libro contra Constantino, par. V y VI) ven un tipo del último Anticristo en el emperador romano, porque sus armas son la seducción y las caricias.

Hé aquí, ahora, á Orígenes, cuyas revelaciones pueden calificarse de maravillosas: nos dice, que la última persecucion no vendrá de fuera, sino que será la obra de ciertos hombres, que se vanagloriarán del título de cristianos; y aún pretenderán ser más cristianos que los demás; y de esta manera es como pudieran, si fuese posible, engañar, conforme lo ha dicho el mismo Jesucristo, á los mismos escogidos. (Sobre Mateo, trat. XXVIII, n. 34.) Esos hombres dirán: yo soy el Cristo, esto es, la verdad, la salvacion, la luz; y no se ruborizarán de llamarse salvadores y redentores (n. 35). San Cirilo de Jerusalén opina lo mismo; y entre los signos numerosos que nos ha dejado, para reconocer la aproximacion de la venida del hijo de perdicion, hay que notar el siguiente: «La apostasia será oculta: la fe exterior existirá todavía, empero no habrá fe interior. Los herejes y los perseguidores ya no vendrán, como en los tiempos pasados, del mundo pagano: se levantarán

de la misma Iglesia. (Catach. XV, sob. la sec. ven. de J. C. par. 9.)

No se han desdiseñado tampoco de ocuparse del Anticristo; ni el Crisóstomo, que nos explica los tres caracteres de la época destinada á facilitarle el camino al imperio, y son: una revolucion universal, la guerra civil, y la falta de caridad (Hom. sobre san Mateo, LXXV, n. 2); ni san Cipriano, quien nos advierte, que en esta época fatal «un homicidio privado será calificado de crimen, pero el asesinato en grande lo será de acto de virtud; la inocencia, será castigada; más la maldad será magníficamente recompensada.» (Ep. á Don. II); ni Teodoro, que habla extensamente del misterio de iniquidad predicho por san Pablo (Orat. VII, san Daniel); ni Isidor, que nos ha dejado el retrato del Anticristo (Del Orig.); ni san Efrén, que trazó una historia profética.

¿Qué nos dicen las cuatro aguilas de la Iglesia latina, Ambrosio, Jerónimo, Agustín, y Gregorio? ¿Horrorizansen, acaso, de ocuparse de esta cuestion como cosa inútil? ¡Oh! no. Ambrosio habla del Anticristo en muchos pasajes; más ¿quién pudiera citarlos todos en un breve discurso? Nos contentaremos con citar una observacion que hace; y es, que cuando aparecerá el Anticristo, se conocerá que era el Dios de todos aquellos que el vulgo adoraba como Dios (los jefes; la Maçonería, evidentemente), y de quienes sera el último jefe. (Comm. Ep. á Theos. c. II.) (1) Jerónimo nos dice, que procederá al hijo de perdicion una época de incredulidad, y un número considerable deseudo-profetas; y que su persecucion contra la Iglesia será la más terrible, puesto que empleará caricias, amenazas, tormentos, y hasta falsos milagros, (Enar. Psalm. IX.) San Gregorio el Grande nos habla de la masa anticristiana: según él, se compondrá de hombres, que callarán vergonzosamente la verdad, que se abandonarán á ideas de tolerancia inoportuna (sobre Job. I. XIX), que predicarán la prudencia y la política puramente humanas, y atraerán á su opinion á todos los inclinados al pecado (I. XIII).

(1) Victor de Antioquia enseña, que los santíficos del Anticristo estarán unidos por las ataduras de una secta. (Evang. Rib. Pat. vol. IV.)

En algunos pasajes de las innumerables obras de san Agustín, este gran santo parece calificar de inoportuna esta cuestion (Cartas á Esick); empero, ratifica luego su opinion; y aún cuando el Tratado del Anticristo, que se halla en la coleccion de sus obras, no le perteneciese, como algunos pretenden, siempre nos queda su Ciudad de Dios, la cual es más que suficiente para darnos una idea de la importancia que, por último, le atribuyó. Nos dice el santo, que Satanás será desencadenado, hácia el fin del mundo, y que por él habrá cómo una irrupcion de las tinieblas del odio (Los misterios de la secta, capítulo XIV). Y, además, hablando del misterio de iniquidad, dice tambien: Aquí san Pablo alude á los malvados y á los hipócritas, que ya entonces empezaban á atacar á la Iglesia, los cuales iran siempre aumentando, hasta formar el cuerpo ó el pueblo del Anticristo: ahí está el misterio de iniquidad, porque está oculto (c. XIX).

Debo ya terminar: escribo un articulo; no completo una historia. Mencionemos, para concluir, á Tomas, y á Buenaventura. El primero de estos Santos doctores afirma, que una rebelion universal, contra la autoridad religiosa y civil, precederá al Anticristo, y que éste será el precursor del fin del mundo. De la misma manera que Jesús, dice el santo doctor, vino al mundo en toda la gloria del imperio Romano, el Anticristo vendrá á su disolucion (Sup. Ep. á los Tesal. Lec. I.). San Buenaventura refiere todas las señales preliminares de esta persecucion, muchas de las cuales se han realizado en la época actual y que no me atrevo á reproducir. Los que quieran conocerlas, las encontrarán en la Exposicion del Eclesiastes, y en el Sermon I del Domingo XXIV despus de Pentecostés.

Omitiendo todo lo demás, que pudiera añadir, creo haber dicho lo suficiente para probar, que la Iglesia no mira la cuestion del Anticristo bajo el mismo punto de vista que ese desgraciado periodista, que pretende hacer de ella un objeto de especulacion; puesto que ella no coloca en los altares á los que desobedecen sus prescripciones. Los Concilios han condenado, con razon, á los temerarios, que, interpretando á su placer las profecías, fijando un término al mundo, y anunciando su disolucion en determinado dia, causaban á los creyentes

esa estupefaccion, esa inaccion indigna, que estigmatiza con tanta elocuencia el Sr. Obispo de Orleans; pero esos mismos concilios, lejos de reprobar los estudios bibliocos, los han siempre recomendado.

En nuestros dias, tales estudios son ménos cultivados de lo que debieran serlo, y la Iglesia se lamenta de ello. En los siglos XVII y XVIII tuvo que sostener la Iglesia dos terribles asaltos: el de los Janesistas, titanes de hipocresía, y el de los Enciclopedistas, titanes de desvergüenza: unos y otros osaron escalar el cielo; pero fueron heridos y anonadados por los rayos del Vaticano. Dejaron, no obstante, una fatal levadura, que ha inficionado una gran masa de fieles. Desde entónces, la fe en el sobrenatural se ha enfriado, se cree todavía, á lo ménos así se dice, en la inspiracion del cielo con respecto á las profecías que se han cumplido; empero, no se piensa en las que aún deben cumplirse, ó bien se las mira como fábulas y sueños. Sin embargo, no cabe duda, que todas se cumplirán puntualmente: nada más positivo.

Por cierto, no podía escogerse tiempos más á propósito que los actuales para descuidar el tesoro, que la Iglesia nos ha conservado acerca de la época más peligrosa para la fe. Cuando vemos á la secta anticristiana, que ha salido ya de sus cavernas para apoderarse en todas partes del poder, y gloriarse de crear un nuevo mundo contra Cristo; cuando ella tiene ya puesta la punta del puñal en la garganta del Vicario de Jesucristo; ¿nos atreveríamos á escoger precisamente este momento, para honrar con un sonris volveriano todo lo que ha sido anunciado, dicho, y escrito sobre el advenimiento del hijo de perdicion?

¡Ah! seamos cautos; no sea, que olvidándonos demasiado de las profecías verdaderas, justifiáramos la prevision que Rodolfo Flaviano, intérprete del siglo X, consignó en su Prefacio al Levítico: «Despus de lo que acabo de exponer, tengo la conviccion, de que la señal más cierta de la aproximacion del Anticristo será cuando la Iglesia (es decir, la masa de los fieles) no querrá ocuparse de él. San Pablo ha dicho tambien: cuando los hombres exclamarán: héos aquí en plena paz, y en perfecta seguridad, entónces sobrevendrá la extrema catástrofe.» (Bibl. Pat. t. X.)



Como quiera que sea, recordemos todas estas palabras de Jesucristo:

«Cuando habeis visto levantarse en el horizonte una ligera nube, decid inmediatamente: hé aquí la tempestad. ¡Hipócritas! sabéis distinguir perfectamente los aspectos del cielo y de la tierra, y no conocéis los tiempos actuales!» Y hablando con los dos discípulos que se dirigían á Emaús: «¡Oh ciegos, les decía, y tardos de corazón en creer todo lo que los profetas han anunciado!»

Que la generacion actual, tan ingrata al Espíritu Santo, no añada á la série de sus crímenes el ultraje supremo de menospreciar las advertencias, que siempre se ha dignado, y se digna todavía, enviarnos por medio de los profetas.

JUAN ESTEBAN DE CAMILLE.

(JOURNAL DE FLORENCE, 31 de marzo, 1874.)

## A LOS AMIGOS DE LA VERDAD.

La Iglesia ha sido siempre perseguida; es su destino, y su gloria: sus anales no son otra cosa, que una dilatada série de luchas invariablemente coronadas por la victoria; sin embargo, los anales de la Iglesia nada presentan que se parezca al espectáculo, que en este siglo ofrece el mundo: la rebelion contra la verdad es general, el asalto es completo, el ataque, vivo en todas partes.

El campo que Cristo se habia formado en la tierra, rodeándolo de un vallado espeso é impenetrable al error, está abierto ahora á quien quiera que sea, donde amigos y enemigos se confunden juntamente: se entra y se sale de él con la mayor indiferencia. ¿Dónde está la verdad; dónde la mentira? ¡Ah! no hay tiempo para ocuparse de una cuestion tan trascendental, y que parece ociosa á multitud de hombres de bien. Ahora, uno es cristiano por ciertos hábitos inveterados, ó anticristiano por otros hábitos más nuevos, pero con los cuales es muy facil acomodarse.

No se ataca ya á tal ó cual precepto de Cristo, ni á tal ó cual prerogativa de la Iglesia: la secta anticristiana prescinde de Cristo y de la Iglesia; ó por decirlo, mejor, finge prescindir del uno, y de la otra, para atacar indirectamente á entrambos en todos los actos de la vida pública ó privada, en todo el organismo social, en todas las combinaciones de la política. La investigacion de la verdad,

en el fondo de este inmenso caos turbulento y tenebroso, que se llama mundo moderno, es una tarea tan árdua de suyo, que requiere minuciosa y profunda meditacion, muy superior á las facultades intelectuales de las masas. Así es cómo la secta se ha apoderado de ellas, y las ha sometido; dejándolas creer, si bien les parece, que nada ha cambiado, y que pueden llamarse todavía cristianos.

La necesidad, evidente en nuestro concepto, de combatir la secta, do quiera se muestre, y donde un considerable número de nuestros hermanos no quieren, por desgracia, verla, es lo que nos hizo entrar en la lucha periodística. No nos preocupa la debilidad de nuestras fuerzas; sabemos que no somos invencibles; esta prerogativa es propia de la Iglesia; pero nuestro deber es unirnos estrechamente á ella, para lo cual nos basta renovar el juramento del bautismo.

Para trazar mejor este programa de fidelidad y afecto, nos hemos consagrado con exquisito cuidado y profunda atencion, á recoger en nuestras colonas cuanto se refiere á la persona venerable del Santo Padre, todo lo que él dice, y lo que se dice en torno suyo; las esperanzas y los temores de sus amigos, los manejos y las amenazas de sus enemigos. Careciendo del talento y del saber de tantos ilustres escritores polémicos, que nos han precedido en la defensa de la Iglesia, y que son la gloria de nuestra